

«METAFORA PARA CUALQUIER PAIS»

IOSU PERALES ARRETXE

Recuerdo que la primera vez que vi caer lo hizo a escasos metros de donde yo me encontraba. En un principio pensé que pudiera tratarse de alguna especie de pájaro de notable tamaño, pero pronto deseché la idea pues su caída vertical no me pareció el vuelo más apropiado para un volátil. Luego opté por creer que podría ser un meteorito o un trozo de satélite, y en esas estaba, cuando el objeto golpeó con fuerza la superficie del agua, hundiéndose inicialmente para reaparecer segundos más tarde. En seguida las olas lo empujaron hasta la playa, y allí me quedé un buen rato mirando estupefacto e incrédulo a la primera botella que veía caer del cielo. Era de color verde y de aspecto normal, si bien no gozaba de orificio para el tapón y, su hermetismo, la diferenciaba de sus hermanas comunes. Naturalmente, quise cogerla para examinarla, pero al intentarlo, recibí un descarga eléctrica que me sumió en la más profunda extrañeza. Jamás una botella me había tratado de forma tan desagradable. Tres veces más la toqué, tímidamente, y en otras tantas oportunidades me atacó de igual manera. Finalmente desistí y hurgué entre las nubes con cara de imbécil, en busca de algún platillo volante desde el que pudieran haber arrojado tan peculiar y antipático artefacto. Lo cierto es que no vi absolutamente nada y todo me pareció asombroso.

No comenté con nadie el suceso por temor a que me tomaran por un sufridor de alucinaciones, y al día siguiente regresé al lugar, a la misma hora temprana de la mañana. El cielo presentaba un traje completamente azul aquel frío 10 de enero, y se me ocurrió pensar en semejantes condiciones atmosféricas podría descubrir fácilmente el movimiento de cualquier objeto volador. Sin embargo, sucedió que la segunda descendió a la misma hora que la primera, sin que pudiese descubrir vehículo aéreo alguno. Entonces, mis pensamientos se fueron hacia una nave espacial que da vueltas a la Tierra y cuyos ocupantes, por razones ignoradas, lanzan botellas al espacio con horario matemático que por cierta razón misteriosa vencen la ingravedad y al cruzar la exosfera adquieren una sorprendente cualidad eléctrica. ¿En qué cosa habría podido pensar?

Al tercer día volvió a caer otra más, pero ésta lo hizo sobre la arena, quedando hecha pedazos. Como quiera que acudí a la nueva cita provisto de unos guantes de esos que aíslan de los choques eléctricos, me agaché confiado para tomar varios fragmentos con la intención de ponerlos en manos de algún estudioso de fenómenos raros, o de cualquier astrónomo o, mejor todavía, de algún investigador de botellas. Los pedazos de vidrio me agredieron despiadadamente y abrumado por la sorpresa me bati en retirada.

Durante las jornadas que precedieron todo estuvo tranquilo en el lugar y, por lo que a mí respecta, quise convencerme de que no volvería a ser testigo de la inexplicable y enigmática anomalía.

Llevado por la curiosidad seguí yendo a la playa envuelto en una mezcla de sensaciones contradictorias. Quería y no quería que volvieran a caer las singulares botellas. Al cabo de dos semanas de vigilancia, la realidad se superpuso a mi confusión. Llevaba cerca de una hora escudriñando el despojado firmamento cuando observé que descendía una pequeña lluvia de objetos que, a unos cuarenta metros de altitud, distinguí nitidamente como a mis insolitas agresoras. Unas impactaron contra el suelo de arena, rompiéndose; y otras lo hicieron sobre el mar, quedando intactas. Mi única reacción fue mirarlas.

De regreso a casa, me animé a comentar la fantástica historia con algunos vecinos de mayor confianza. Y cual no fue mi sorpresa al escuchar de labios de una buena mujer que una amiga suya había sido también espectadora excepcional de caídas de botellas en otra parte alejada de la ciudad. El dato me dejó perplejo; aunque, por otra parte, he de confesar que me sirvió de consuelo: No estaba loco. ¿De qué lugar procedían? ¿Quién las arrojaba? ¿Por qué razón poseían

fuerza eléctrica? ¿Podiera ser el primer aviso de una invasión de seres de otros planetas? Eran docenas las preguntas que asaltaban mi cerebro.

Aquel mismo día proseguí mi particular encuesta en el mayor de los sigilos, y ya para el atardecer tuve conocimiento de varias lluvias caídas en lugares periféricos de la ciudad, no sólo de botellas de color verde sino además de otras tonalidades.

Enfermé de una vulgar pero terca gripe y ello me privó de ocupar durante algunos días mi observatorio particular en la playa solitaria, al que volví diariamente a partir del 6 de febrero. La arena, poblada de vidrios rotos, preferentemente verdes y marrones, estaba intranquitable y peligrosa por motivo de sus aristas cortantes y de su incomprensible poder eléctrico.

Comprobé que el fenómeno se reproducía todos los días, aunque ya sin regularidad en el horario.

En poco tiempo las originales cascadas se hicieron muy frecuentes en dos de los barrios de la ciudad, y el riesgo de ser golpeado e incluso electrocutado por tan misterioso granizo se hizo patente a cualquier hora del día y de la noche, haciéndose imposible el tránsito normal.

Yo mismo hube de quedarme recluido en mi apartamento, contemplando desde las ventanas protegidas por las persianas de madera, como bajaban las botellas y cubrían de cristales las calles desiertas de mi barrio, rápidamente aislado por carretera del resto de la ciudad, pues hasta el transporte público había cesado por mandato de la máxima autoridad municipal.

Lo que estaba sucediendo fue conmocionando a la población, y personalidades e instituciones de todo tipo comenzaron a interpretar el caso.

En una pastoral extraordinaria, el Obispo de la Diócesis hizo un esfuerzo por encontrar en la Biblia sucesos parecidos, haciendo ver que bien podría tratarse de una señal divina en contra de la promiscuidad sexual. Las autoridades civiles emitieron una nota oficial ambigua, en la que, después de barajar las hipótesis más peregrinas, concluían solicitando orden y disciplina, asegurando que de cumplirse ambos requisitos probablemente cesaría la extravagante lluvia. Sólo los técnicos del Observatorio Meteorológico provincial se esforzaban por encontrar una explicación razonable, científica, huyendo de apelaciones subjetivas, y sin llegar a esclarecer nada, adelantaban que tal vez nos enfrentábamos ante un secreto de estado.

Entre la gente las interpretaciones podían contarse por docenas. No era otra la conversación. Anuncio del fin del mundo; arma soviética; presión norteamericana; broma de los ángeles del cielo... Cada cual apostaba por una causa.

El encierro voluntario de miles de personas en sus domicilios comenzó a preocupar hondamente a empresarios, comerciantes, y a toda la escala de autoridades, quienes encargaron a un grupo de expertos en calamidades el estudio de alguna solución, cuando menos transitoria. Lo que permitió que, una semana más tarde; se hiciera saber por medio de las emisoras de radio locales que estaban a la venta unos paraguas de fibra resistente, inmunes a la electricidad capaces de afrontar una lluvia normal de botellas, sin riesgo para los viandantes. Asimismo se anunció el reparto masivo de botas provistas de suela aislante. Un camión, convenientemente blindado, comenzó a recorrer a partir de ese instante las calles y plazuelas de mi barrio, distribuyendo los artículos salvadores a un precio módico.

El Ayuntamiento envió grandes palas mecánicas de fibra plástica para limpiar las calzadas de vidrios rotos, lo que unido a la proliferación de los paraguas especiales y a la aparición de los primeros autobuses de techo preparado al efecto, dio lugar a que la vida adquiriera algún signo de normalidad dentro del riesgo aún latente. Ello no hizo sino facilitar y promover que numerosos habitantes de los barrios más afectados dispusieran su traslado a otros puntos de la ciudad más seguros, hasta tanto no cesara el peligro.

Con el transcurrir de los días el éxodo fue en aumento pues las lluvias se intensificaron haciendo crecer la inquietud. Mi barrio quedó casi deshabitado.

Las caídas de vidrio fueron extendiéndose hacia otros lugares de la ciudad y los problemas se multiplicaron. Entre tanto, personalidades e instituciones seguían anclados en sus iniciales declaraciones; las calles quedaron alfombradas de colores, principalmente de verde y marrón, y ya los ingenios mecánicos no daban abasto; y los paraguas dejaron de ser un parapeto válido, pues ocurría que los golpes de viento hacían que las botellas volaran diagonalmente impactando contra la gente.

En breve, transformáronse las lluvias en furiosas tormentas, y éstas acentuaron el pánico ya existente, ganando adeptos los defensores de la idea del fin del mundo. Entonces, miles de personas, aprovechando los intervalos de calma, marcharon a instalarse en el centro de la ciudad, único sitio en el que aún sólo llovía agua corriente. La multitud se mal acomodaba donde podía, en locales comerciales, sedes bancarias, oficinas, iglesias, y los más afortunados en domicilios privados.

Pero muy pronto las tormentas llegaron igualmente a aquel territorio que parecía privilegiado, y dejó de haber lugar seguro. Tal hecho provocó que la gente volviera a formar largas procesiones de retorno hacia sus hogares, en los momentos de tregua.

Curiosamente, en medio del temor popular, una nueva declaración oficial, en esta ocasión del Gobierno del Estado, emanaba una no disimulada satisfacción por el hecho probado de que, con la propagación de los mortíferos vidrios por toda la ciudad, era ostensible la disminución de delitos contra la propiedad y los atentados en contra de la seguridad del orden público. Terminaba la sorpresiva declaración reconociendo a las lluvias de botellas como un mal menor, y aconsejando cordialmente a la población la necesidad de aprender a convivir con ellas. Eran los días finales de aquel mes de febrero de hace bastantes años.

En esa época eran ya varias las personas muertas, y el número de los heridos ascendía a muchos cientos. En un principio, tanta desgracia conmovió a los ciudadanos de otras partes del Estado e, incluso, del extranjero. Luego, el silencio informativo y las explicaciones gubernamentales y de algunos intelectuales fueron consiguiendo que la mayoría dejara de preocuparse por lo que ocurría en la castigada localidad. Empezó a parecer muy normal que en mi ciudad lloveran las abominables botellas.

Y en medio del temor de los de dentro y de la indiferencia creciente de los de fuera, el Observatorio Meteorológico proseguía sugiriendo, cada vez con más fuerza, la existencia de un secreto de Estado que explicara el fenómeno. Esta idea, unida a la propia nota difundida por el Gobierno, motivó que amplios sectores de la población, de los barrios más dañados en particular, comenzaran a elevar protestas cuando ello era propicio. Y, sucedió algo realmente digno de resaltar: cuanto más numerosas eran las marchas y manifestaciones, más estruendosas y prolongadas eran las tormentas de vidrio. En cambio, cuando la gente se comportaba más asustada y sumisa, se producían suaves lloviznas que se alternaban con periodos de calma. En ocasiones, no era factible salir a la calle sin correr el grave riesgo de ser golpeado por una botella, y eso en situaciones que a primera vista parecían de quietud y paz.

Y así es como estamos desde que viera llover la primera botella.

PRIMER PREMIO, en castellano
Concurso de Cuentos «Villa Rentería», 1985.



NIKOLAS FLAMEL-EN IRAKURKETA

«TXAUPINA»

«Mekaguen! Zer izan daiteke musker gurutziltzatu hau? Eta zer esanahi ezkutu izan dezake errugabeen lepamoztearen irudi lazgarriak? Herodes, ahalguztidun erregea, goikaldean, sarraskia agintzen duelarik hemen amak erregutuz, hil dautzan zazpi haurren alboan, eta azpikaldean soldaduek ume-odola husten dihardute eguzki eta ilargi bainatzen diren upelan. Eta zakilaren inguruan karabiltaturiko sugeek? Zer arraio adieraziko dute? Zoratzeko da, baina ezein esangura azaldu behar du honek guzti honek; ur zuria darion iturria, haitzuloak, haritz hutsa, urrezko orridun arrosak, Merkurio eta Saturno, dragoiak eta grifoak...»

Izurrite gorriaren zigorrakak Europa zaharra bortizki astintzean ireki zion zauria guztiz orbandu baino lehen, Frantziar armada burua makurtu beharrean aurkitu zen, Poitiers lautadan Printze Beltzaren soldaduek jasaneraziriko hondamena zela eta. Ehun urtetako gerrateak ez zuen hogeitabete oraindik. Anartean, herri xeheari ileak zutitzen zizkioten ingeles, espainiar eta gaskoien talde hiltzaileak Galia osoan zabaltzen ziren, haien atzean kirastzen zen su-odol -usaina ia Pariseko ateetaraino hedatzen zelarik.

XIV. gizaldiko Paris honetan, Saint-Jacques de la Boucherie kaperatik hurbil «Eskribauen karrika»ko etxe batetan, Nikolas Flamel-ek, ukondoak lan-mahaian jarrita, buru belarri irakurtzen zuen, zerbait ulertu nahirik, munduko gauzetaz arduratzeke.

Pareta lohien arrailak miresten uzten ez zuten liburuez gainezka zegoen langela. Liburuak nonnahi, eskuskriburik zaharretatik berrieneraino, denak zeuden hor, apaletan, haute eta armiarmasareen artean. Pergamino eta paperen itzalak luzatzen zituen eskubitatik dirdiratzen zuen ezkoargiak. Kandelaren gar urduriak—zirrikitutiko haizeak itzaliko ote?—liburua argitzen zuon, eta kolore bizizko marrazki sorgingarriak nabarmendu Nikola-en betseinentzat bereziki.

Bilo gorriaren kiskuila batez jolas egiten zuen ezker eskuaren eri erakusleak; kirmilatzen zuen, gero, erpuarearen laguntzaz, ezari ezarian luzatzen joateko, harik eta erien menpetik askatuz atsedan egoerara itzultzen zeneino. urrutitik hondarrera iritsiriko itsasolatuak gogorarazten zituen, eta antza areagotzen zen gorabehera bakoitzean